

LA FLOR DEL CARDO

A la orilla de los caminos, esos caminos pampeanos de un rosado pálido, como empolvados, con charcos de una tonalidad de acero y esas dos huellas sin fin que llevan y entrecruzan las llantas de las jardineras, a la orilla de los caminos crecen los cardos angulosos y hu-raños. Se entrelazan a los alambrados, se recuestan a los postes, pedestales de las inmóviles lechuzas estagi-ritas y resaltan sobre el pastizal amarillo de la llanura entre las piernas rojas de los animales pacíficos. Levantan al cielo sus flores que tienen la forma graciosa de un cáliz con el borde azul. Sí; parece un humilde cáliz de madera envejecida, pero arriba, como espuma rebo-sante, surge un vellón estriado, no se sabe si azul marino o vinoso. El cardo humilde, de aspecto tan agreste, tan rudo, casi de zarza, es en la pobreza dolorosa del paisaje, una nota decorativa de severa y simple belleza, cual conviene al desierto. Porque un desierto es sin duda esa extensión donde en todas partes apoya el hori-zonte su círculo neblinoso. ¿Hay por ventura un camino? Hay un camino, pero ¿a donde va? Ya lo sabemos: muere al pie de un ombú retorcido y deforme, al pie de una casa de barro, al pie de un pozo cuya cadena grita como una bandada de patos silvestres. Y todo esto no